



Madrid Cómico

DIRECTOR: CARLOS DE BATLLE



Los maestros Calleja y Lleó, Caricaturas de Méndez Alvarez

SUMARIO

TEXTO

DE TODO UN POCO
por Félix Limendoux.

EL ELEFANTE
por Rafael Torromé.

AMOR LITERARIO
por Camille de Sainte-Croix.

LULÚ
por Santiago Iglesias.

LA ROSA ENCANTADA
por Manuel Ugarte.

MI OPINIÓN
por José Sabau y Romero.

MALAGUEÑAS
por Narciso Diaz de Escobar.

¡CARIDAD!
por Félix Cuquerella.

LA LEVITA
por Felipe Pérez Capo.

¿SABIO?...
por A. Serra Cubells.

CONFORMIDAD
por Leandro Rivera.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

EN EL AÑO 2000
fantasía novelesca, por E. Bellamy
(Continuación).

ANUNCIOS



GRABADOS

LOS MAESTROS CALLEJA Y LLEÓ
Y PILAR VIDAL
caricaturas por Méndez Alvarez.

AMOR LITERARIO
ilustraciones de Gil Baer.

LO QUE HA DE SER ENTRE BOBOS
LA DIRECCIÓN DE LOS GLOBOS
historieta, por Radiguet.

INFLUENCIAS Y RECOMENDACIONES
por Méndez Alvarez.

EN EL ESTUDIO
por Karikato.

LA LEVITA
ilustraciones de Méndez Alvarez.



Á Dios le llama de tú
esta pareja que está
puesta en la clave de *fa*,
digo, en la clave de *fa*.

Y aunque la frase sea vieja
quiero repetirla yo:
¡Sébase quién es Calleja!
¡Sébase quién es Lleó!

15 CENTIMOS



Por fin ha muerto Mac-Kinley.
Hago mía la frase celeberrima de *La Correspondencia de España*, y paso adelante.

Al mismo tiempo que los Estados Unidos lloraban en Buffalo (dicho sea con el mayor respeto) por haber sido su Presidente blanco de una bala anarquista, el mazo de café Rig Jim Parker, que fué el primero en detener á Gzolgosz, resultaba el negro más interesante del suceso.

Su arrojo en el momento del crimen le ha valido una popularidad que para si quisiera cualquiera de nuestros delegados de policía ó el propio Barroso, sin ir más allá.

Desde que intervino en el hecho, la excentricidad yanqui le ha tomado por su cuenta, y además de una porción de *dollars* que espontáneamente recibió, han sido muchos los ciudadanos que, queriendo poseer objetos de su pertenencia, llegaron á pagarle cinco y hasta veinte *dollars* por un botón de su traje.

—Su acción será inmortal, no se lo niego,
me ha dicho Gedeón.—
Pero expóngase usted, para que luego
no le dejen al pobre ¡ni un botón!

¿Verdad que huele ya á puchero del Papa el tal suceso?

Pero todo pasa, y como quiera que yo tengo cosas más serias en que pensar, doy de lado á lo ocurrido en la Exposición Pan-Americana y vengo al pan de Europa, que es el nuestro de cada día.

Estamos, como quien dice, abocados á otra epopeya, cuyo lugar de acción puede ser Africa; con lo cual no rectifico lo que decía del pan de Europa, porque allí vamos todos por la libreta que nos corresponde.

Se está amasando, no cabe duda; y cuando el horno esté para bollos, han de ver ustedes que Francia se lleva un *largo*, Alemania un *rajado*, Rusia una *bicochada*, Inglaterra uno *bajo*, Italia la inevitable *rosca* y nosotros un *bonete*.

Eso si no nos llevamos un *coscorrón*.

No dirán ustedes que, tratándose de un asunto de tanta *miga*, dejo de ser diplomático y me expreso con la ambigüedad metafórica que requiere el asunto.

¡Ah! Si la guerra con Marruecos estallase, una de las ventajas que tendría, seguramente, había de ser la de que era preciso defender nuestras plazas de Africa.

Y para ese fin, ¡cuántos iríamos á Ceuta!
Cada uno por nuestro estilo.

Mi enorme amigo el alcalde de Madrid, vulgo Aguilera, ha encargado ya las estatuas que han de inaugurarse para cuando sea mayor de edad Alfonso XIII.

Lo que me encanta es que D. Alberto, queriendo, sin duda, quedar bien con todo el mundo, como ha sido y es su habilidad constante, ha encargado las tales estatuas en *colaboración*.

Véase la cosa:

La de Bravo Murillo, la hacen Trilles y Urioste.

La de Argüelles, los Sres. Alcoverro y Andrés Octavio...

No falta más sino que para un sitio céntrico encargue la de Celso Lucio á Paso y Alvarez.

Y dice Bonafoux, sobre poco más ó menos:

«Una delegación femenina de los mercados de Dunkerque quiso saludar á la Zarina con objeto de manifestarle que hacían votos porque tenga un hijo varón.»

Como si esto fuese una cosa parecida á la elección de Carlos Soler para la Diputación provincial.

Este podrá necesitar los votos, pero no creo que el Zar sea partidario del sufragio, sobre todo para una cosa así.

El único voto es el suyo.

¡Y que no cabe otro en la urna!

El príncipe Chun, ese pobrecito chino que ha ido á pedirle perdón á Guillermo II de Alemania por las atrocidades recientes de sus compatriotas, lleva en su equipaje diez grandes cajas «que contienen tierra de su país natal, con objeto de que si falleciere alguno de sus individuos pueda ser sepultado en tierra china».

¡Delicadísimo! Un poeta modernista quizá hiciera una dislocación métrica con tal motivo.

Algo así (con permiso de Villaspesa, cuyos versos admiro, aunque no los entiendo, como dice *Caramanchel*):

Esa tierra,
que no yerra,
al caer sobre la tumba donde zumba,
zumba y dale
¡vale, vale! ¡Ya lo creo!
¡Tú no sabes lo que vale!
Pues la arcilla es el deseo
de aquel alma tan sencilla
que dibuja su ilusión;
pues la arcilla... ¡cillal! ¡cillal!
¡Cillal... ¡Cillal... (¡Don Ramón!)

La estadística es una ciencia que «adelanta una barbaridad»; está incluida en las que *panegirizaba* (¡bonito verbo, Sr. Unamuno!) el boticario de *La Verbena de la Paloma*, con música de Bretón.

Según el Ministerio de Agricultura de los Estados Unidos, hay en el mundo *setenta y cinco millones de caballos*.

¡Mire usted que es potra la del caballero que ha hecho la estadística! ¡Calcular es! Es más difícil aún que contar los *besugos* que hay fuera del mar.

En España sólo pasan de los setenta y cinco millones.

Porque así como el caballo es la mejor conquista del hombre, el besugo es la peor plaga del mismo.

Sin exceptuar me yo ni unos cuantos de los que me leen.

Ahí va eso:

Dicen que López Silva, director artístico de la Zarzuela, le ha rechazado una obra á Zapata, otra á Granés y otra á Blasco.

Por si es verdad, anticipo el comentario de cada uno de los *preteridos*:

ZAPATA (*dudoso*).—¡A mí me la hacen!

BLASCO (*malicioso*).—¡A mí me la pagan!

GRANÉS (*rabioso*).—¡A mí me la toman!

FÉLIX LIMENDOUX

El elefante.

En escondido paraje,
donde un desierto erial
hallá fin, alza el ramaje
un bosque, con el follaje
de la zona ecuatorial.

La tupida muchedumbre
de aquellas hojas le cierra
paso al sol, y esta techumbre
mantiene desde su cumbre
húmeda y fresca la tierra.

Bajo del frondoso velo
que al bosque sirve de cielo,
se ven los duros matices
de los troncos y raíces
que hacen su presa en el suelo.

Cruzan los vientos silbando
aquella bóveda hueca,
sus pilares agitando
y en su camino arrastrando
sucia hojarasca reseca.

Una noche tormentosa
tiembla el bosque, estalla el trueno
y aquella masa nublosa
que relámpagos rebosa,
lanza el rayo de su seno.

El rayo cae, una rama
desgajando á una palmera,
el viejo tronco se inflama,
y va cundiendo la llama
y chispeando la hoguera.

Con salvaje desconcierto
que el duro pecho le agita,
un elefante al desierto
con paso veloz é incierto
temblado se precipita.

No vuelve atrás la mirada:
la carne la siente llena
de inquietud, lleva turbada
la vista, y cruje la arena
al poder de su pisada.

Tibio, suave y perezoso
el día nace, y después
se hace mas vivo y caluroso,
hasta que en el cenit es
destumbrador y fogoso.

En el desierto la escena;
se aleja el negro capuz;
el alba los cielos llena

y hay un desierto de arena
bajo un torrente de luz.

Una caravana viene
y en ella un negro detiene
á otro y dice:—Un elefante,
¿Le cazamos?

—No conviene.

¡Pobrel! ¡Va sufre bastante!

Cierto: sobre la llanura
el sol, hermoso y cruel
toda su lumbré fulgura,
y, aun siendo de piel muy dura
quemá á la fiera su piel.

Va el elefante sediento
con el paso tardo y lento
y allá, á lo lejos, ve un monte
más azul que el firmamento
limitando el horizonte.

Llega, la emoción empañá
sus ojos; rumor aprecia
de fuente; va á la montaña
y al subir, su planta recia
las toscas piedras araña.

Escucha vagos rumores
que se acercan por instantes,
y encuentra á los cazadores
que después son vendedores
de colmillos de elefantes.

Oye las flechas silbar,
y prorrumpie al contemplar
aquella humana jauría:

—¡Ay! ¡Qué siempre he de encontrar
quien amargue mi alegría!

Ya los hombres ó ya el cielo
producen mi desconsuelo.
Desde que vine á la tierra
siento el odio y el recelo
de una atroz y cruda guerra.

El cielo me hizo sufrir
en mi peregrinación,
y ahora que pude venir
y subo, ¡cuánta aflicción
me está costando subir.

Al fin llegó hasta la cumbre;
llegó, sí, yo no sé cómo;
sé que sentía en el lomo
la puizante pesadumbre
de las flechas y del plomo.

RAFAEL TORROMÉ



PARÍS

Amor literario.

La lectura de aquellos artículos firmados por Arsenio Prengard y que publicaba frecuentemente el periódico de modas á que estaba ella suscripta, acabó por impresionar vivamente á Virginia Dulcinet, esposa de un comisionista de bisutería; á tal punto, que en su espíritu algo romántico prendió fuego la llama de una pasión loca por el ingenioso articulista.

Decidida á todo, informóse personalmente en las oficinas de aquel semanario, donde le dieron estas señas: «Mr. Prengard, en casa de Mr. Copeteau, Avenida de La Bourdonnais, 114 bis».

Con estos datos dirigióse al barrio de los Invalidos dispuesta á descubrir á su hombre.

De los informes que obtuvo, llegó á venir en conocimiento de que Mr. Copeteau era un joven bien acomodado relativamente y cuya mujer casi le doblaba la edad.

Pero cuando Virginia quiso indagar acerca de aquel Arsenio Prengard que con ellos vivía, nadie pudo darle razón de una manera precisa.

Indudablemente allí había algo de misterio, que era preciso descubrir á todo trance.

Para ello, Virginia tuvo la feliz idea de averiguar si aquel matrimonio necesitaba una doncella.

La casualidad se puso de su parte en aquella ocasión: los esposos Copeteau no tenían entonces más que cocinera y necesitaban otra sirvienta.

Este era un medio lógico de entrar en la casa, donde descubriría seguramente la existencia de aquel misterioso Arsenio Prengard.

La casualidad hizo también que por aquellos días comenzase su viaje de tres meses por las provincias del Norte, el marido de Virginia.

Aquella ausencia prolongada dejaba á la romántica esposa en disposición de poner su plan en práctica con toda libertad.

Apenas partió su esposo, Virginia consiguió por medio de una Agencia de colocaciones, presentarse en casa de los Copeteau y como su propósito era irrevocable no discutió ninguna de las condiciones de sueldo y trabajo.

¡Dura prueba para una mujer de su clase!

Su asombro fué que desde el primer momento no pudo hallar un resquicio siquiera por donde dar con la existencia de Arsenio Prengard en aquella casa.

¿La habrían engañado en la redacción del periódico dándole unas señas falsas?

Pero no era creíble por cuanto todos los días llegaban á la casa cartas y periódicos á nombre de Arsenio Prengard.

La señora Copeteau se hacía cargo de aquella correspondencia abriéndola ella misma y dejándola después en uno de los cajones de la mesa del gabinete.

Indudablemente, Arsenio Prengard no vivía en casa de sus amigos los Copeteau; allí, únicamente, recibía su correo, el cual iría á recoger de tarde en tarde.

Aguardaría, pues, este momento, ya que el trabajo no era duro en la casa y la señora mostrábase con ella en extremo complaciente.

¡Ah, pero el señor!...

El señor, que era joven y alegre, se había fijado en Virginia desde el primer momento, encontrándola bastante apetecible, á juzgar por ciertas demostraciones de entusiasmo hechas tan bruscamente que Virginia no pudo evitarlas.

Ante esta complicación imprevista y en su deseo de aguardar á todo trance la presentación del suspirado Arsenio, Virginia trataba de contemporizar por todos los medios imaginables antes de que cierta actitud desdenosa fuese causa de su salida de aquella casa.

Pero no había contado con la huésped; y la huésped era la cocinera.

Esta, que temió desde el primer instante perder su influencia real

y efectiva sobre el amo, acudió á todos los recursos posibles que sus celos le sugirieron para perder á su pretendida rival.

Un día, la señora Copeteau, notó que la faltaron varias acciones cotizables de entre los valores que guardaba en su armario.

Decidida á dar con lo robado registró los baúles y las ropas de las dos sirvientas encontrando las tales acciones escondidas en una maleta de Virginia.

La buena señora se abstuvo de dar parte á la policía, pero sujetó á Virginia á un interrogatorio severísimo.

Aquello era ya demasiado para sufrido por Virginia.

Antes de arrostrar semejante humillación, echóse á los pies de la buena señora revelando el secreto de su estancia en la casa como doncella.

Refirióle su amor literario por el misterioso Arsenio, las pesquisas que hizo hasta dar con las señas que le dijeron y confesó su esperanza inútil de llegar á encontrar un día al escritor boulevardier por quien había llegado á ponerse el delantal y la cofia.

Lo que se abstuvo de revelar á Madame Copeteau fueron las distinciones de que le hacía objeto el amo.

Madame Copeteau acogió con benévola credulidad aquellas revelaciones, mientras por sus labios vagaba una sonrisa extraña.

Cuando hubo averiguado en todos sus detalles la exactitud de cuanto Virginia le confesó y tuvo la certeza de que el robo había sido figurado por la cocinera con la intención de hacer saltar á la pobre enamorada, Madame Copeteau, llamó á su cuarto á Virginia y quitándole el delantal y la cofia, le dijo cariñosamente:

—Hija mía, voy á revelar á usted ese secreto que persigue. Aunque parecemos ricos mi marido y yo, no lo somos tanto que desdeñemos un ingreso cualquiera. Yo escribo en varios periódicos de



modas adoptando pseudónimos distintos: uno de ellos es el que uso en periódico del cual es usted suscriptora, y ese Arsenio Prengard de quien usted se muestra enamoradísima. ¡Soy yo!

**

He sabido la historia por una amiga íntima de Virginia; lo que ésta no pudo contarme fué *lo demás*.

Pero me dijo que Virginia siguió en casa de Madame Copeteau hasta el regreso de su marido de las provincias del Norte.

¿Quién la retuvo? ¿Ella ó él?..

CAMILLE DE SAINTE-CROIX

(Ilustraciones de Gil Baer.)

Lulú.

Ya veo que ahora vas en carretela alternando con duques y marqueses, pero recuerdo bien que hace dos meses ibas casi descalza, en la plazuela.

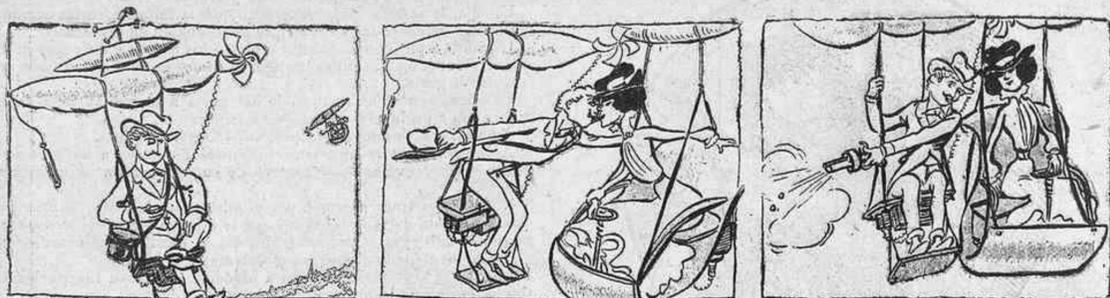
Tienes abono al Real y á la Zarzuela, trajes, diamantes, potros irlandeses, que no hubieras tenido, si tú fueses honrada como lo es tu parentela.

Si te llaman *cocotte*, ¿eso qué importa? Tú dices, ¡á gozar, que el tiempo pasará, y por desgracia la existencia es corta.

¡Triunfa, gasta, derrocha sin reparo!, que al final de esa vida hay una casa que se llama Hospital; será tu amparo.

SANTIAGO IGLESIAS

LO QUE HA DE SER ENTRE BOBOS



1.—La espero; me ha citado junto á la quinta nube según se viene; esto está cerca de las Cabrillas. 2.—Aquí me tienes. Estaba detrás de la nube que te indiqué y quiero que nos escondamos, porque si no ¡flojo nublado se me viene encima! 3.—¿Temes que te vean? Para evitarlo nada más fácil. Hago con mi revólver la nube artificial ¡á tiros!

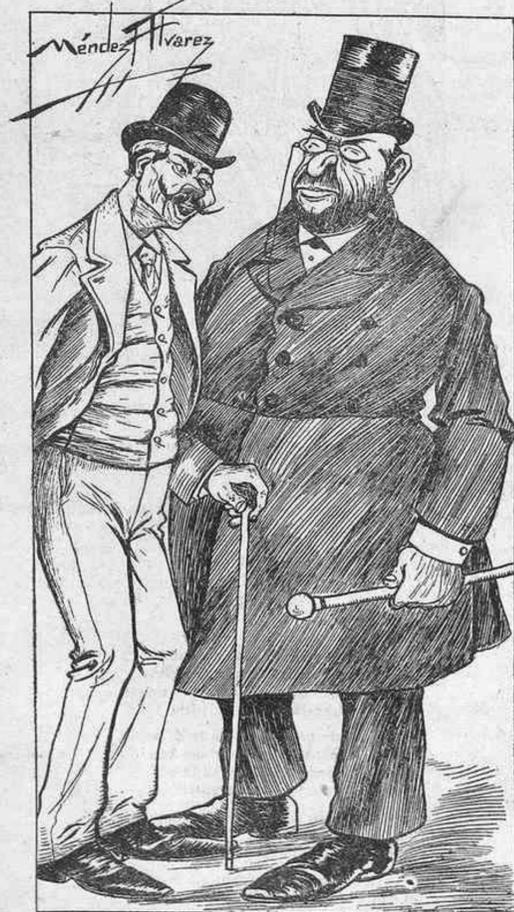
LITERATOS ARGENTINOS

Pertenece este artículo á la colección de Paisajes parisienses que acaba de publicar en París su autor; lleva la obra un prólogo de Unamuno, el gran radical del idioma que justifica y defiende con brillantez á estos revolucionarios de la palabra.

Manuel Ugarte, el joven escritor argentino, es uno de ellos; su colección de artículos, maravillosos por su delicadeza y su ironía, llama también la atención por el desenfado retórico y elegante de la forma.

En la imposibilidad de hacer alta crítica desde estas columnas, brinda-

INFLUENCIAS



—Nuestras dos mujeres han de colocarnos por que tienen ambas el permiso de ambos.

mos á nuestros lectores un artículo, escogido al azar, de los que contiene el libro de Ugarte.

La rosa encantada.

Quando oigo el lejano gorjeo de un piano que preludia amores de una primavera, me parece escuchar el relato de una historia. Las historias comienzan también, como las serenatas, con un arrobamiento de pasión y terminan con el tañido de una campana llamando á muerto.

En las horas vacías de la noche, cuando el invierno llora sobre París sus lágrimas blancas, es muy hermoso ceder á la imaginación y volver á pajarear por los campos del pasado. La ventana no deja ver, tras los vidrios goteados de nieve, más que una calle oscura, raspada de tiempo en tiempo por los fiacres, y un grupo de transeuntes retardados, que se deslizan, bordeando los muros. Sólo enfrente, en la buharda de un edificio gris, distingo la silueta de una mujer joven que activa su labor, hundiendo la aguja, bajo una luz que parpadea.

La noche infiltra en el alma las más hondas inquietudes, los recuerdos cascabelean, como labios que hicieron vibrar gritos de angustia, un escalofrío de imposible relampaguea sobre las espaldas.

Estoy solo. La mesa de trabajo se destaca en medio del aposento obscuro, bañada por la luz que se abre en abanico bajo la pantalla de la lámpara. El humo de la pipa se desvanece á medida que se aleja, como un recuerdo de amistad. Me paseo lentamente y mi cuerpo proyecta sobre el muro grandes sombras extrañas, que gesticulan. El silencio me ahoga.

Sobre la mesa yace una rosa de Sión que cogí hoy por la tarde, en un cortijo abandonado, al regresar por el camino de Joinville. El rosal se alzaba orgulloso, pero la rosa se asomaba por sobre la tapia, como una mujer infiel, ofreciendo un beso al caminante. No sé qué misterio encerraba esa flor, pero me ha hecho temblar.

Las calles estaban desiertas, la nieve caía en grandes copos blancos y en la buharda de enfrente la obrera continuaba su labor, empujada por el hambre.

Creí escuchar una canción vaga. Eran ecos ténues que no partían de ningún sitio y se hacían oír en todos. Las puertas estaban cerradas; la calle, en silencio; yo, solo.

Algo absurdo comenzó á rodar en mi cabeza. Me volví instintivamente, como si adivinara la presencia de alguien. Busqué con los ojos...

La rosa había cambiado de color. Me acerqué; pero antes de que alcanzara á tocarla, los pétalos se desprendieron y se transformaron en mariposas doradas que revolotearon bajo el techo.

Eran los heraldos de la Felicidad, que rompían su encantamiento para ir á consolar á los tristes de la tierra. Todas esas mariposas eran mensajeras de una ilusión. Estuve á punto de ser egoísta y retenerlas todas; pero una fuerza desconocida me obligó á abrir la ventana. Las mariposas se precipitaron en tumulto bajo la nieve; luego salpicaron la calle, buscando rumbo. Y la más pequeña penetró en la buharda de la costurera por el agujero de un vidrio roto. ¿Qué la dijo al oído?

Debí ser una promesa muy dulce, porque ella sonrió, abandonó su labor, escribió rápidamente una carta y se acicaló con sus mejores prendas. Luego apagó la luz y abrió la ventana. ¿Tenía una cita?

Al día siguiente, cuando me levanté, las calles, todavía solitarias,

PILAR VIDAL caricatura por MÉNDEZ ALVAREZ



La Vidal, que es ancha y tal, tiene en su carrera artística la nota característica de ser siempre ¡la Vidal!

Y RECOMENDACIONES



—Nuestros dos maridos ya están colocados; ahora vamos ambas á buscar los ambos!



Malagueñas.

Entreabre, gitanilla, tus ojos negros, que al sol le han dado ganas de verse en ellos.

Malas puñalás me peguen en este corazoncito, si todas las penas más no nacen de tu cariño.

Mi corazón agoniza y has de venir á su entierro,

que tienes el primer sitio de cabecera de duelo.

Esas gotas menuditas que sobre tí van cayendo, son lágrimas de los ángeles porque no subes al cielo.

Nunca pudo averiguar Salomón con ser tan sabio, por qué se olvida á quien ama y se quiere al que es ingrato.

NARCISO DIAZ DE ESCOVAR

estaban cubiertas de nieve. Junto al edificio gris, sobre la acera, yacía un cuerpo humano. Un presentimiento me sacudió, bajé... y ayudé á levantar el cuerpo de la obrera, convertido en un montón informe de carnes desgarradas y trapos sucios. Sobre la nieve brillaba un charco de sangre y, sobre la sangre flotaba la mariposa de oro que había llevado á un desgraciado la felicidad de morir: el suicidio.

Quando, algunas horas después, la autoridad dispuso su entierro en un cementerio de arrabal, yo me encontré solo detrás del carro fúnebre. Atravesamos las calles y las plazas, entre una multitud indiferente. La muerte tiene también sus harapos, como la vida. ¿Quién ensaya una frase ó una mirada de compasión, ante un muerto que no va en carroza?

La tumba fué un agujero cavado en la tierra húmeda, y la nieve cayó en copos lentos sobre el féretro antes que pudiéramos rellenar el hoyo. Hacía mucho frío. Los sepultureros me pidieron cuatro sueldos para encender las pipas.

Quando salí del cementerio me asombró que los cafés estuvieran llenos de gente alegre. Una murga tocaba al volver la esquina. Una mujer me rozó al pasar, diciendo un precio. El regocijo de los rostros me pareció una mueca criminal. Sordos gritos de dolor me subieron á la garganta, como vahos de licor fuerte. Creí que todas las manos estaban teñidas en sangre... Y me interné por calles solitarias, con los ojos bien abiertos, como un sonámbulo...

MANUEL UGARTE

Mi opinión.

¿Conque quieres, Ricardo, que de tu drama los defectos exponga sucintamente, y te diga qué opino sobre la trama y diga si concuere racionalmente?

Que á mí me lo preguntes es gran simpleza; pero yo te contesto por ser amigo, aunque nadie me quite de la cabeza que has de hacer caso omiso de lo que digo.

Si á los hombres los juzgan por sus acciones, y por ellas tenemos juicios exactos, no han de ser nunca buenas las opiniones si te juzgan, amigo, por esos actos.

Tiene el drama tres de ellos; pero aseguro que si quieres librarte de alguna grito, y desees que el drama venga seguro, le quites los tres actos á tu dramita.

Que tu drama está falto de caracteres, pensamientos y... liras; y no te asombres, las mujeres del drama no son mujeres, ni los hombres aquellos resultan hombres.

Mi opinión es que el drama no tiene nudo, encuentro el desenlace rápido y feo; exposición si tiene, yo no lo dudo... pues no será difícil que haya pateo.

La verdad me rogaste que te dijera: ¡bien! Tus obras carecen de maestría; si mi opinión no fuere franca... sincera, de gran maestro... de obras te tacharía.

Guarda el drama, Ricardo, que no es capricho; me pediste un consejo... ¡ya te lo he dado! Si acaso te incomodas por lo que he dicho, no me des más dramitas... y terminado.

Insúltame si quieres, y ponte fiero; de palabra amenaza, razón te sobra; pero si es de palabra, yo lo prefiero... que es peor la amenaza... cuando es de obra.

JOSÉ SABAU Y ROMERO

LA DIRECCIÓN DE LOS GLOBOS



4.—Y á ver si de este modo pueden dar con nosotros. Amémonos en pleno espacio y disponiendo del mayor espacio.

5.—¡Cielos! ¡Tu marido! —¡No te apures! Pincho su globo con mi alfiler y se ¡lo desinfló!

6.—¡Cayó del balcón al mar! —¡Vive Dios que pudo ser! —Ahora podemos gozar—sin que nos venga á estorbar—el celoso Montgolfier.

¡Caridad!

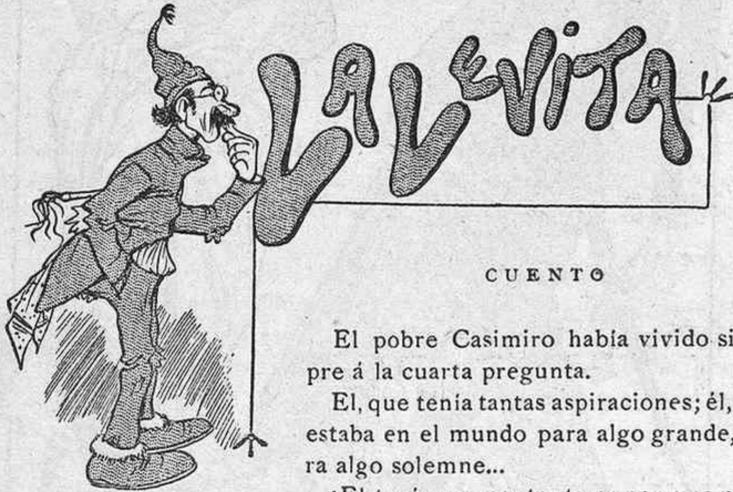
Caridad, gime el pobre en su pobreza;
Caridad, solicita el delincuente,
y Caridad implora el penitente
que arrepentido de sus faltas reza.

Caridad nos inspira en su flaqueza
el que rueda del vicio en la pendiente,
y Caridad espera el maldiciente
que reniega de un Dios todo grandeza.

Precisa Caridad la loca impura,
y el ciego la demanda en su ceguera;
no tiene Caridad quien por la usura

de los bienes ajenos se apodera;
y pide, en su maldad ó su locura,
¡ay! Caridad, la humanidad entera.

FÉLIX CUQUERELLA



CUENTO

El pobre Casimiro había vivido siempre á la cuarta pregunta.

El, que tenía tantas aspiraciones; él, que estaba en el mundo para algo grande, para algo solemne...

¡El tenía que contentarse con una plaza de maestro de escuela en un pueblo de la costa asturiana!

Y poca rabia que le daba á él, siempre que bajaba á Luarca, ir con aquella ropa incolora y raída, de que se mofaban los señoritos de la villa...

—Reíd, reíd—pensaba Casimiro.—Los árboles no valen por su corteza; valen por su savia, que es la que da vida y da forma al fruto. Los que valen por su corteza son los alcornoques... Día llegará en que no me humilléis... Y juro que el día que yo tenga ropa nueva la luciré por todo Luarca, aunque para ello tuviera que hacer un viaje desde las Indias.

Aquel afán por tener una indumentaria «decente» llegó á ser en Casimiro una verdadera obsesión.

—No sé qué daría por poder ponerme una levita nueva, airosa, de excelente paño...

—¿Una levita?—le preguntaba la dueña de la casa en que vivía.— ¡Si eso no lo lleva nadie en la villa!...

—Pues por eso precisamente. Porque no lo lleva nadie, desearía tenerla. ¡Por una levita era yo capaz de vender mi alma al diablo!

—¡Don Casimiro! ¿Qué dice usted?

—Señora, ¿qué quiere usted que diga? ¿No sabe usted que yo no tengo otra cosa que pueda vender?...

Y llegaba á tal punto su preocupación que una noche, soñando en voz alta, decía:

—Si viene el sastre, que pase... ¡Tiene que hacerme una levita... así de larga!...

Dice el refrán que «Dios aprieta, pero no ahoga»; y al desdichado maestro de escuela, á quien tanto había apretado, lo dejó un día que respirase á su sabor.

Había ganado un premio-cillo en un certamen pedagógico, y tenía que ir á Gijón á recogerlo.



No era mucho... Doscientas pesetas... Pero con esas doscientas pesetas iba él á realizar uno de sus sueños dorados... ¡Iba á comprarse una levita para lucirla por las calles de Luarca, haciendo de menos á aquellos señoritos que tanto se habían divertido á su costal

Llegó á Gijón, cobró el premio en cuestión, y... aquí de sus apuros.

El tenía deseo de comprarse una levita, sí; pero eran tantas las cosas de que carecía...

Cosas precisas, indispensables, mucho más indispensables y más precisas que aquélla, que, al fin y al cabo, era sólo un capricho de su vanidad.

Dos horas estuvo sentado en un banco de Begoña pensando en cómo había de resolver aquel dilema que tanto le preocupaba.

Pero al fin venció su amor propio, y Casimiro fué á dar en una sastrería de la calle Corrida, donde se compró una levita que «era una bendición de Dios».

—Yo me he privado de cosas que me hacían grandísima falta, ¡pero al fin voy á darme el gustazo de divertirme de aquellos imbéciles!...



Para regresar á Luarca tomó pasaje en un vaporcito costero de insignificante desplazamiento. A la media hora de navegación se desencadenó una tormenta horrorosa.

El barco cabeceaba de un modo espantoso y las olas barriaban todo lo que había sobre cubierta...

Los pasajeros y los tripulantes corrían de un lado á otro llenos de espanto...

No era posible que aquel cascarón de nuez resistiera un momento más.

Todos intentaron ponerse á salvo... Unos se tiraban á los botes, los más al agua...

Casimiro, que iba recostado sobre la barandilla del puente, no se movió...

Un marinero, el último que iba á tirarse al agua, le gritó:

—¡Eh! usted, ¿en qué piensa?

—En que si yo sé esto, ¡¡en seguida me gasto los cuarenta duros en la levita!!

FELIPE PÉREZ CAPO

(Ilustraciones de Méndez Álvarez).

¿Sabio?...

—Tengo á mi niña en la cama, y, como temo un percance, busco un médico de fama que la cure á todo trance.

—Pues haga usted que la asista don Juan Rodes, que es sin duda, el mejor especialista para la gente menuda.

Mire usted. Ese sujeto, tan sabio como sencillo, fué quien operó á mi nieto cuando tuvo el garrotillo.

Le hizo una traqueotomía como nadie la soñó.
—Y el niño, ¿se salvaría?
—Hombre, claro está... que no.

—Pues tal sabio, ó lo que fuera, porque á mi juicio es un zote merecía que le diera no el garrotillo ¡garrote

—¡Caray! A un hombre que sabe no se le falta al respeto. Yo tuve un sobrino grave cuando se murió mi nieto;

pues por mi consejo vino para asistirle don Juan, y en cuanto vió á mi sobrino le pregunté con afán:

—«¿Qué padece?»—«Difteria. Tendré que operar.»—«Pues á ello.» ¡Vuelta á la traqueotomía! ¡Compadre! ¡Vaya un degüello!

El doctor dejó probado no tener pelo de tonto.
—¿Y el niño?—Hubiera curado... si no se muere tan pronto.

—¿Y llama usted sabio á Rodes viendo tal degollación? ¡Hombre, dígame usted Herodes y le sobra la razón!

A. SERRA CUBRILS

Conformidad.

EN EL ESTUDIO, por KARIKATO

De entre todas las hermanas del convento de San Blas distingúfase Sor Pura por su fe y por su humildad.

En oración muchas horas solía en el templo estar rezando devotamente en éxtasis ideal.

Pero á pesar de ser mucha su pureza celestial, temía tanto á la muerte y tanto á la enfermedad, que en sus rezos fervorosos solía á Dios preguntar:

—Padre; decídme si tengo que padecer algún mal... Decídme, Dios Poderoso, qué terrible enfermedad para esta gran pecadora en su momento fatal, guardáis en el *Santo Libro* en donde *escrito* estará.—

Pero ¡claro! aquella imagen no solía contestar, quedando siempre la monja con esa curiosidad.

El sacristán del convento que era *guasón* por demás, de la petición extraña llegóse al cabo á enterar, y un día, por divertirse y reír con las demás, oculto detrás del Cristo se puso atento á escuchar.



Llevo un rato estudiando sus facciones y he dividido el lienzo en cuatro partes para cuadrangular sus perfecciones... ¡Ya quisiera yo ver á Romanones siendo ministro aquí de... ¡Bellas Artes!

Viene Sor Pura contrita llena de fe sin igual, arrodillase delante del solo y callado altar, comienza el rezo, y al punto clamando á Dios, pide ya que le diga de su muerte, cuál será la enfermedad.

—Decídme, exclama: ¿Esta sierva de que, Señor, morirá?

—¡De v. ruelas! - con voz ronca le responde el sacristán.

Trémula y llena de espanto atrevióse á replicar:

—¡Ay! Señor, de eso no quiero morir; ¡por caridad! Que voy á quedar muy fea y el cielo no me querrá.

—¡Del tifus! - volvió á decirle gravemente el sacristán.

—¡Señor, con eso se sufre y soy cobarde en verdad!

—¡De garrotillo!

—¡Tampoco!

Mandadme una enfermedad que tenga algún atractivo si nó al principio, al final.

—Pues entonces te prometo que de fijo morirás, de esas calenturas, que después de ser madre dan.

—¡Yo madre?— dijo— ¡qué trancel! ¡Señor, me dais que pensar!... pero en fin... si es vuestro gusto... ¡Cúmplase tu voluntad!

LEANDRO RIVERA

Correspondencia particular.

N. D. E.—*Málaga*.—Gracias por los cantares y se le enviarán los números que pide.

X. Z.—*Madrid*.—¿Querrá usted creer que «con azúcar me gusta menos»? No le contesto definitivamente; dejo la composición para ver si más adelante me resulta.

A. G. G.—Crea usted que tiene más inconvenientes que hechizos.

E. V. P.—*Valencia*.—No sirve nada absolutamente.

LAS GRANDES CANTIDADES de Agua de Colonia de Orive que se gastan en España, se explican por su superioridad incomparable y su baratura sin igual, y por las facilidades de su adquisición. Por 8,50 pesetas dos litros; 16 pesetas cuatro litros, se manda franca á domicilio pidiéndola á Barcelona, V. Ferrer; Madrid, G. García, ó mejor á Bilbao, su autor.

A. M.—*Madrid*.—Maldita la gracia que tiene decir indecencias en una tarjeta postal.

J. D. C.—*Madrid*.—

Para ser modernista en ocasiones, es preciso tener... ¡mil condiciones!

Que usted no tiene. Además ese encargo que me hace de un consonante á *miro* que signifique *pido* es ladrar á la luna. Los poetas no encargan esas cosas.

J. DE H.—*Valencia*.—Si no se le subiera á usted la bilis poética desde el hígado hasta el cerebro, quizá pudiéramos seguir en buenas relaciones. En esa actitud que usted adopta, y que maldito si le favorece ni le hace el pie pequeño, no puedo yo colocarme para discutir; sería perder un tiempo precioso. Además, me confiesa usted que la composición se ha publicado en otros periódicos, y es lo suficiente para que ya le mire á usted de otra manera distinta. Y ¡no va más... ni menos!

HA REGRESADO Á MADRID, encargándose de la dirección de su Gabinete de Consultas y operaciones quirúrgicas, San Bernardo 18, duplicado, donde ha trasladado su domicilio, el reputado especialista de enfermedades de garganta, nariz y oídos D. Alfredo Gallego. Sabido es que su

tratamiento en la sordera, tisis laríngea y ozena (fetidez de aliento) es el único de resultados prácticos en la curación de estas afecciones.

L. V. P.—*Madrid*.—Tira usted á lo cursi de una manera horrorosa, y ese es un gran inconveniente para MADRID CÓMICO.

L. M. Y M.—*Novelda*.—No se incomode usted por tan poca cosa y siga usted haciendo versos pero sin pensar en mí, sino en algo más elevado.

L. S. A.—*Madrid*.—El consejo era leal. Recibo el duplicado y me encuentro con que el romance empieza bien, pero acaba demasiado sentimental. Busque usted un justo medio entre aquel romance y éste y dará usted en el clavo; estoy seguro de ello. Gracias por los elogios á Limendoux, que es de la casa.

UN ABURRIDO.—Más lo estoy yo después de leer el soneto y de encontrarme con que *sumo* y *consuno* son consonantes, según usted, lo cual debe ser cosa de la reorganización de los servicios en que andan ahora.

LA «SACARINA», el «Salol» y el «Ácido salicílico» que contiene un dentífrico alemán son absolutamente nocivos al esmalte dentario y expuestos á envenenamientos. El *Licor del Polo* carece de sustancias tan perjudiciales y se compone solamente de vegetales, todos ellos completamente saludables y eficacísimos para los dientes y encías.

B. M. B.—*Vigo*.—Usted creará de buena fe que es un epigrama esto:

Hombre zafio, necio, lerdo,
solapado, ladrón fino
y con mirula de cerdo...
ese es de Vitijudino.

Pues no, señor; no es un epigrama, sino una coz á los naturales de ese pueblo, que debían lyncharlo á usted casi con tanto motivo como á Gzolgosz.

C. R. C. E.—*Madrid*.—

Su *Colorín calorao*,
maldito si me ha gustao.

CHIRIPA.—*Madrid*.—Ni por *chiripa* le han salido bien esos *monos*. Los hago yo mejores, y no sé dibujar.

En el año 2000.

[15]

(FANTASIA NOVELESCA POR E. BELLAMY)

—¿Y qué sucede si gastáis en el año más del crédito que se os ha señalado?

—Es tan considerable la provisión, que hay pocas probabilidades de agotarla; sin embargo, en casos excepcionales se puede obtener un anticipo sobre la carta de crédito del año siguiente; pero este anticipo está limitado á cierta cifra, y para no estimular al préstamo y la imprevisión, el Estado le impone un descuento bastante considerable.

—Pero si no gastáis la suma que se os ha señalado, supongo que se acumulará al capital.

—Esto también está permitido, hasta cierto punto, en previsión de un gasto extraordinario; pero, á menos de aviso contrario, se su-

pone que el ciudadano que no agota su crédito no ha encontrado en qué emplearlo, y el excedente es devuelto al tesoro público.

—Este sistema no es muy á propósito para estimular las costumbres de ahorro.

—La nación es rica, y no desea que los ciudadanos se priven de ningún goce. En vuestro tiempo se economizaba para el porvenir, para educar á los hijos, y esta necesidad hacía de la economía una virtud; pero hoy ha cesado á la vez de ser necesaria y loable. Nadie se cuida ya del día de mañana, ni por él ni por su familia; la nación se encarga de la alimentación, de la educación y del sostenimiento de todos sus miembros, desde la cuna hasta el sepulcro.

—He ahí una garantía muy arriesgada—dije.—¿Cómo saber con

certeza si el valor del trabajo de un hombre cualquiera compensará los desembolsos que la nación hace por él? Admitamos que la sociedad sea capaz de subvenir al sostenimiento de todos sus miembros, sin embargo, éste gana más de lo que necesita para su sostenimiento, y aquél menos. Y hemos aquí vueltos a la cuestión de los salarios, de la que todavía no habéis dicho una palabra. Ahí fué precisamente donde quedamos anoche en nuestra conversación, y os vuelvo a repetir que ahí es, en mi opinión, donde vuestro sistema industrial debe encontrar el tropiezo. Os pregunto otra vez: ¿cómo hacéis para graduar, á gusto de todos, la remuneración de una multitud de servicios, tan diferentes unos de otros, é igualmente necesarios para la vida de la sociedad? En mi tiempo, la ley de la oferta y de la demanda regulaba el precio de los trabajos de todo género, así como de las mercancías. El patrono pagaba lo menos posible, y el obrero trataba de obtener lo mas posible. Reconozco que no era éste un buen sistema desde el punto de vista moral; pero, al menos, nos daba una fórmula sencilla y cómoda para resolver una cuestión que debe presentarse diez mil veces por día, si se quiere que el mundo marche. Nos parecía que no habia otra solución práctica.

—Sin duda—dijo el doctor—que no habia otra solución bajo un régimen que ponía los intereses de cada ciudadano en perpetuo antagonismo con los de su prójimo. Malo habria sido para la sociedad no encontrar nunca nada mejor que esa organización que descansa sobre la máxima diabólica: «Tu necesidad es mi provecho.» En vuestro tiempo, no era ni por la dificultad ni por el peligro de un servicio por lo que se medía el valor (las faenas más repugnantes y las más penosas eran las peor retribuidas) sino sola y exclusivamente por la necesidad más ó menos apremiante de los que reclamaban ese servicio.

—Admito todo eso; pero con todos sus defectos, el sistema de regular los precios por la oferta y la demanda es un procedimiento

práctico, y no puedo concebir con qué habéis podido sustituirlo. Siendo el Gobierno el solo y único patrono, no puede haber ni mercados ni cotizaciones: el Gobierno es quien debe fijar arbitrariamente la retribución de todos los servicios. No puedo imaginar una misión más compleja, más delicada, y más segura para causar el descontento universal.

—Dispensad—dijo el doctor;—creo que exageráis la dificultad. Suponed que un consejo de hombres sensatos sea encargado de fijar los salarios de todas las profesiones en un sistema como el nuestro, que garantiza el trabajo á todos y deja á cada cual la elección de su género de ocupación: ¿no véis que, por imperfecto que pueda ser el primer reglamento, los errores se corregirán bien pronto por sí mismos? Los oficios favorecidos se verían embarazados por los aspirantes, y éstos faltarían en los demás, hasta que fueran rectificadas las evaluaciones primitivas y restablecido el equilibrio. Pero, me apresuro á decirlo, nada de esto ocurre entre nosotros, porque este procedimiento, por práctico que pueda ser, no forma parte de nuestro sistema.

—Pero, entonces, ¿queréis decirme cómo reguláis los salarios?

El doctor Leeté reflexionó algunos momentos, y dijo:

—Estoy bastante al corriente del antiguo orden de cosas para comprender lo que entendéis por esta cuestión, y, sin embargo, la sociedad nueva es tan totalmente diferente de la antigua, que busco una respuesta que os parezca bien clara. ¿Preguntáis cómo regulamos los salarios? La verdad es que no tenemos, en nuestra economía política moderna, nada que corresponda á lo que llamabais en vuestro tiempo salarios.

(Continuará.)

MADRID: 1901.—Ricardo Fé, impresor, Olmo, 4

MADRID
Tres meses, 3,50 ptas.—Seis id., 4,50.—Año 8.
PROVINCIAS
Semestre, 5 ptas.—Año, 9.

Anuncios españoles: Ptas. 0,25 línea de 45 m[m]

Madrid Cómico
OFICINAS: CONCEPCIÓN JERÓNIMA, 10

UNION POSTAL
Un año, 15 pesetas.
VENTA
Número corriente, 0,15; atrasado, 0,25
Anuncios extranjs.: Ptas. 0,35 líneas de 45 m[m]

SERVICIOS FÚNEBRES
La Soledad
DESENGAÑO - 10.
TELÉFONO 205

BERNABÉ MAYOR
3, ESPARTEROS, 3
MADRID
Almacén de material y aparatos para telefonía, telegrafía, campanillas, pías, hilos cables, pararrayos, etcétera, etc.
Ferretería, metales, utensilios de cocina.
LUZ ELÉCTRICA
Catálogos ilustrados gratis.

MAQUINAS USADAS



SINGER, para coser.

Se compran, venden y dan á plazos.—Se componen todos los sistemas; Se garantizan por el mecánico CEREZO.

ZARAGOZA, 9

Bazar de Camas de la Latina

1, PLAZA DE LA CEBADA, 1

Fábrica: CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 29

Camas — Colchones de muelles. — Colchones de varios sistemas.
Nadie puede competir en precios con el Almacén

1, PLAZA DE LA CEBADA, 1

DR. GARRIDO

Treinta años de farmacéutico, y sin más obligaciones legales que las de atender á mi humilde persona, me aconsejan vender la botica, Luna, 6, para poder pasar más tranquilamente el resto de mi vida. Vendió el último quinquenio, pesetas céntimos: 163.767,83. — 174.103 05. — 176 028 50. — 173.411,95. — 192.444,75. — En el traspaso puede ó no entrar la reposición, facilitándose de este modo la venta. Entiéndanse conmigo los interesados y verán que cuanto se dice es verdad, y que es una farmacia especial por su administración y por cuanto contribuye á la mayor garantía de su escogida clientela; á más de vender á precios limitadísimos, como la magnesia Bishop, 1,35. — Vino Vial 4,50. — Sedlitz Chanteaud, 2 60. — Solución Pautauberge, 2 60. — Licor del Polo, 1,15. — Carne Valdés-García, 3 35. — Agua de Carabaña, 0 60. — Id. Mondariz 0,85 (0 50 y 0 75 devolviendo el casco), y así de todo y á domicilio, por lo que cada día su crédito es mayor. Y éste no es personal porque nunca esuve yo al frente del despacho, sino puramente comercial, por lo que puede comprarla cualquiera (que tenga próximamente lo que vale), seguro, si hace lo que yo, de que sus beneficios cada vez serán mayores, y de que entra en posesión de una de las farmacias más justamente acreditadas y famosas.

MATÍAS LÓPEZ. — Chocolates, Cafés, Dulces. — Oficinas: Palma Alta, 8. — Depósito: Montera, 25.